

Guía a La Argentina del Siglo XX en los Archivos Hoover

Escriben por Luis Fernando Calviño y William Ratliff

Presentación

Hoover Institution presenta esta Guía a los Archivos Argentinos del Siglo XX, una colección de libros, otras publicaciones, cartas, documentos, filmaciones y objetos que cubre particularmente la memoria de los años que corren entre mediados de la década del 40 y mediados de la década del 70, aunque el material y los testimonios se proyectan ampliamente antes y después del mismo, y contribuyen a explicar la historia argentina en forma cabal.

Este material incluye -principalmente- abundante correspondencia perteneciente al Gral. Juan Domingo Perón, tres veces presidente de los argentinos, y al Dr. Américo Ghioldi, líder del Partido Socialista en la Argentina; además de papeles de otras figuras notables de la época. Cabe destacar que comprende también una importante colección de miles de libros sobre el país, su política, su economía y su sociedad.

La colección argentina de Hoover Institution incluye, finalmente, revistas, fotografías, afiches, películas y cintas que ilustran sobradamente aspectos variados de la sociedad, la cultura y la vida de los argentinos en el período mencionado.

A continuación ofrecemos una breve reseña histórica de la República Argentina durante el siglo XX (con obligada concisión, debido a limitaciones de espacio), focalizando especialmente en el lapso 1945-1975, época en que se sucedieron cambios raigales en la estructura sociopolítica del país, e incorporando comentarios sobre el acervo de los Archivos Hoover.

De la Generación del 80 a la década del 20

La Argentina atravesó un período de gran crecimiento económico entre los años 1880 y 1930. Fueron 50 años de modernización, progresiva estabilidad política y creciente democratización. Los observadores coinciden en señalar que fue fruto del consenso existente en la clase dirigente del país sobre la modalidad de desarrollo a emprender; dicho grupo se conoce como la “Generación del 80”.

Muchos inmigrantes europeos (principalmente españoles e italianos) llegaron hasta las playas argentinas en busca de un mejor destino, que les era esquivo en el viejo continente; los suelos fértiles de la pampa pronto se vieron surcados por líneas férreas que trasladaban su producción hacia el puerto de Buenos Aires para su exportación a Europa.

Esta fue la base de tanta prosperidad; la Argentina resultó un fabuloso productor de materias demandadas por la Revolución Industrial (el economista David Ricardo había dicho que Gran Bretaña buscaba una franja de tierra fértil; puede decirse sin temor a equivocaciones que la halló en la Argentina).

El diario La Prensa, el 5 de mayo de 1931, en ocasión de la visita de Eduardo de Windsor y el Duque de York, consigna en un artículo términos que sugieren una relación singular entre la Argentina y Gran Bretaña. Dice así: “Tema fecundo en sugerencias es el de la vinculación de los intereses argentinos y británicos. Es una vinculación antigua que arranca de los tiempos del coloniaje, pues ya entonces comenzaba a establecerse, a pesar del aislamiento en que era mantenido el Virreynato del Río de la Plata y del sistema comercial monopolista. No faltaban ocasiones para comerciar con los ingleses: unas veces las brindaba el contrabando; otras los permisos que España concedía a Inglaterra, en virtud de tratados de paz, para que viniesen contados buques británicos con productos manufacturados y retornasen con frutos del país. Había ansiedad por ambas partes para realizar este comercio, porque Inglaterra necesitaba este mercado para sus industrias y el Virreynato del Río de la Plata necesitaba aquel cliente para sus cueros y otros productos de su ganadería primitiva. La breve ocupación inglesa de

Buenos Aires y Montevideo, a principios del siglo XIX, bien que resistida así por los nativos que por los españoles, reveló a los primeros cuánto bueno podía esperarse para la economía pública de un comercio regular con Gran Bretaña. No es de extrañar que la vinculación mercantil entre Inglaterra y el país argentino se estableciese de un modo permanente desde la cesación en el mando del último virrey español y no se interrumpiese más a pesar de todas las vicisitudes por las que el más joven de los dos pueblos tenía que pasar todavía... Sería un error creer que los vínculos comerciales eran los únicos. Por el contrario, se crearon lazos espirituales de todo orden. Los caballeros británicos que nos visitaban en los primeros tiempos de nuestra vida independiente frecuentaban las tertulias de las familias criollas y los que se radicaban en el país se emparentaban con argentinos... Todavía la gente de campo atribuye a 'los ingleses' cuanta obra pública o empresa de aliento se realiza en su comarca. La industria ferroviaria británica alcanzó grandes proporciones y dio nacimiento a corrientes de exportación e importación servidas por navíos que en su gran mayoría enarbolan el pabellón inglés. Con el concurso de capitales de la misma procedencia empezó el mejoramiento de la ganadería, que habría de proporcionar los elementos requeridos por la industria frigorífica llamada a abastecer los mercados británicos en proporción no igualada por la suma de los envíos de los demás países proveedores de carnes. Y desde los ingenios azucareros de Jujuy hasta las explotaciones ganaderas de la Patagonia por todas partes aparecieron en el territorio argentino el capital y la dirección técnica británicos... Simultáneamente se habían establecido bancos y compañías de seguros, casas importadoras y exportadoras, empresas tranviarias y de otros servicios públicos." La Prensa concluía: "Indudablemente, los ingleses se sentían cómodos en este país."

Al demandante desarrollo europeo vinieron a sumarse nuevos medios de transporte (mucho más económicos) y fundamentalmente una gran cantidad de recursos naturales fácilmente exportables, combinados con el aporte de mano de obra migratoria y con abundantes inversiones foráneas.

El resultado: Buenos Aires se transformó rápidamente en una inmensa metrópolis, la capital cultural del mundo de habla hispana.

Grandes edificios crecían y recordaban fuertemente a París, meca cultural de los argentinos pudientes de entonces. En 1914 la Argentina era el país más urbanizado del mundo detrás de Gran Bretaña: arriba del 50% de la población vivía en centros de más de 2.000 habitantes.

La hegemonía radical

Había surgido a la vez una próspera clase media, que bajo el liderazgo político de la Unión Cívica Radical (UCR), fundada en 1891 y acaudillada sucesivamente por Leandro N. Alem e Hipólito Yrigoyen, iría a luchar por un segmento del poder político en manos del establishment.

En 1916 se produce una profunda reforma en el sistema electoral, poniendo fin a décadas de elecciones fraudulentas y amañadas, e ingresa formalmente en la escena política argentina el radicalismo de la mano de Yrigoyen. Se inicia un período de hegemonía radical que llegaría hasta 1930, durante el cual mejoró la calidad de vida de la clase media y se vivió una moderada prosperidad, sacudida por algunos hechos que evidenciaban el descontento en ciertos segmentos de la población.

Para entonces había aparecido un actor que resultaría crucial en el período central del siglo: la clase trabajadora, con características propias y constituida por grandes colectividades obreras (los ferroviarios, los trabajadores de frigoríficos y los portuarios eran los grandes sindicatos de entonces). Los radicales nunca pudieron conquistar el favor de las organizaciones gremiales, que años más tarde constituirían uno de los principales apoyos para el gobierno peronista.

Pero la Argentina escondía en su estructura la raíz de algunas claves que se manifestarían años después y marcarían la evolución política a partir de la crisis.

Por ejemplo, el gran auge migratorio llegado a las playas argentinas a fines de siglo XIX y principios del siglo XX se dirigió mayoritariamente a las incipientes actividades industriales.

Solamente un 25% de la fuerza migratoria se dirigió a las actividades agropecuarias. De este modo las limitaciones de los inmigrantes en cuanto a capitales y a conocimientos influirían fuertemente en el perfil de la industrialización argentina. El mercado nacional que se consolidó en el país pronto mostraría su techo.

En síntesis, la industria argentina creció rápidamente pero no pudo llegar a su madurez. Vivió siempre a la sombra de la protección estatal, característica que perdura hasta nuestros días.

La historia de nuestro desarrollo hacia fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX muestra como, una tras otra, se fueron formando organizaciones de presión política, llamadas con el correr de los años a desempeñar un papel crucial en los hechos económicos, y como la puja en torno política deriva en una asignación de recursos contraproduktiva en el tiempo.

El golpe de 1930 y el comienzo de la inestabilidad política

Los radicales se dividieron en “personalistas” y “antipersonalistas”. Unos seguían al caudillo, otros preferían cierto matiz conservador e institucionalista a pesar de su origen contestatario. Los primeros acusaban a los segundos de jugar a favor del establishment. En 1928 Yrigoyen es elegido plebiscitariamente por segunda vez, pero ese formidable apoyo popular se desvanecería en apenas dos años, abriendo paso a una crisis sin precedentes.

A fines de la década del 20, entonces, el mundo se precipita en una crisis económica gravísima (originada en la caída de la Bolsa de Nueva York), que en el caso argentino deteriora la cotización internacional de sus exportaciones. Súmese a ello la inconvertibilidad de la libra -que genera una corriente de in conversión en buena parte del mundo- y se percibirá el fuerte sesgo proteccionista que se insinúa para las décadas por venir.

La Argentina vive esta crisis con un cambio político trascendental, iniciando una larga etapa de inestabilidad y desencuentros, marchas

y contramarchas, que culminaría décadas después con la guerra sucia de los años 70.

El golpe liderado por el Gral. Uriburu e inspirado por el nacionalismo, pronto cedería espacio a facciones del Ejército identificadas con posiciones más liberales.

El contexto internacional hacia 1930

La Revolución del 6 de setiembre de 1930 indica el fin de una etapa y el comienzo de otra en el país. Para muchos analistas, se inicia un largo proceso que culminaría con la “guerra sucia” en la década del 70.

Obligado a redefinir las bases de su prosperidad -vigentes y relativamente estables durante más de 40 años- la Argentina recurre a remedios contraproducentes para prolongar su inserción activa en el mundo.

Para 1929 la Argentina había alcanzado el punto más alto en comparación con las otras naciones latinoamericanas. Era el principal exportador mundial de carne congelada, maíz, avena y linaza, y uno de los primeros exportadores mundiales de trigo y harina. La Argentina era la undécima nación exportadora y uno de los países más ricos en cuanto a reservas e ingreso per cápita. En la Argentina había más automóviles por habitante que en Gran Bretaña.

El significado político de la revolución (el primero de la larga serie de golpes de estado militares o cívico-militares) ha pasado a ser ominoso, ya que el dominio de las clases tradicionales e ilustradas sobre el conjunto de los argentinos careció del tinte popular cada vez más necesario. A tal punto ello, que las prácticas políticas frecuentes en la época (la manipulación de los resultados electorales en primer término) merecieron la denominación de “década infame”, de la que vendría a rescatar al país el peronismo en la década siguiente.

El contexto que rodeaba a la Argentina no era menos inquietante que lo que acontecía en el país austral. La década del 30 fue la década

previa a la máxima conflagración conocida hasta entonces y estuvo marcada por el ascenso de Hitler y Mussolini al poder en Europa. En la Unión Soviética se consolidaba un proceso que por entonces despertaba simpatías en muchos países (entre ellos en grandes segmentos de la población argentina). En Estados Unidos se vivían todavía las consecuencias de la gran crisis.

Como se dijo, la situación derivó en la marcada caída de los precios de nuestras exportaciones, lo que redundó en un menor margen del gobierno para desplegar su acción y en la necesidad de controlar la situación política por medios irregulares. El Estado comenzó a intervenir más y más en la economía (las Juntas Reguladoras de la Producción datan de entonces, la creación del Banco Central también, al igual que los mecanismos de control de la política cambiaria), pero no pudo evitar que las consecuencias de la crisis se hicieran sentir cruelmente en la sociedad (desocupación, estancamiento, inesperadas migraciones internas hacia los grandes centros urbanos). Recién a mediados de la década comienzan a advertirse algunos síntomas de recuperación.

No puede dejar de mencionarse el célebre Tratado Roca-Runciman, que fue la respuesta del gobierno del General Agustín P. Justo a la evolución del contexto comercial internacional. En una extrema simplificación, podemos decir que ante la retracción de Gran Bretaña hacia el interior del Commonwealth, la Argentina obtuvo que siguiera comprando productos cárneos en proporciones algo menores que en la década del 20. A cambio, prometía un tratamiento extremadamente benévolo de las inversiones británicas en la Argentina.

Este convenio, que ha sido juzgado desde perspectivas extremadamente opuestas, contribuyó en realidad a que, en gran medida, el país iniciara un proceso de salida de la honda crisis.

La presencia del Estado en crecientes esferas económicas fue incrementándose desde 1930 hasta llegar a su máxima expresión en la década siguiente, dando forma a un nuevo modelo de desarrollo, que finalmente se revelaría incapaz de mantener a la nación en la senda del crecimiento sostenido.

A fines de la década del 30 la Argentina -podía decirse- había retomado en buena parte el impulso que la distinguió en décadas precedentes, aunque sobre bases nuevas, porque los mercados allende el Atlántico que demandaban los productos locales también habían sufrido profundas transformaciones.

El golpe de 1943 y el advenimiento del peronismo

El contexto que reinaba a comienzos de la década del 40 ofrecía señales de la inevitabilidad de un cambio político en el país. La Segunda Guerra Mundial, iniciada en 1939, ya había mostrado síntomas claros de la derrota del Eje; en la Argentina la conflagración había llevado a un sistema de sustitución de importaciones con cierto éxito; en el plano estrictamente político el nacionalismo había retomado la iniciativa.

En el seno del Ejército se había conformado una logia integrada por coroneles -el Grupo de Oficiales Unidos (GOU)- que desencadenó el movimiento militar que acabó con las elecciones fraudulentas inauguradas en 1932 con el ascenso de Justo. Estos coroneles no exhibían una homogénea actitud frente a los sucesos mundiales; algunos favorecían una posición más flexible frente a los acontecimientos de la guerra, otros -la mayoría- proponían permanecer en una férrea actitud de neutralidad que en los hechos implicaba cierta inclinación hacia la causa del Eje. Sucede que las Fuerzas Armadas de la Argentina habían sido conformadas con gran influencia de la tradición germánica y con asesores militares alemanes.

Entre los coroneles pronto comenzó a destacarse Juan Domingo Perón. Sucesivamente ocupó varios cargos en el gobierno, entre ellos la Secretaría de Trabajo. Desde allí le fue dando forma a la lealtad de los trabajadores, que se estructuraron férreamente en su torno.

A comienzos de la década del 40 Perón ya había concebido su modelo de sociedad, autosuficiente y fuertemente corporativa, con un claro predominio del Estado como orientador de las actividades económicas.

La década peronista (1945-1955)

A todo esto, la actitud reticente del gobierno estadounidense frente a lo que acontecía en la Argentina constituía un factor esencial que contribuye a explicar los sucesos que se desencadenaron con rapidez.

En octubre de 1945 -cediendo a la presión de un sector de la opinión pública y de la Embajada de Estados Unidos (que requería una actitud mucho más clara a favor de la causa de los aliados)- la guarnición de Campo de Mayo le pidió la renuncia Perón. Este sin resistirse la presentó y fue detenido.

Pero los trabajadores se organizaron semi-espontáneamente y acudieron masivamente a la Plaza de Mayo a reclamar por la libertad de su líder. El 17 de octubre fue, pues, una fecha crucial en la historia argentina del siglo XX; en ella se consagra la llegada de las grandes masas a la política, de la mano de Perón.

La presencia de Perón y la que pronto sería su esposa, María Eva Duarte, en los balcones de la Casa de Gobierno ha pasado a ser una imagen venerada por muchos y criticada por otros, pero se ha transformado en un símbolo ineludible para describir la historia reciente de los argentinos.

El 17 de octubre se inaugura una década de auge del peronismo, que viene a definir un nuevo escenario político, conformado por un gobierno que cuenta simultáneamente con el apoyo de las Fuerzas Armadas, los sindicalistas y la Iglesia Católica. A la vez, Perón atrajo a diversas manifestaciones del arco partidario, desde radicales hasta conservadores, pasando por los socialistas.

Perón gobernó entre 1946 y 1955, en que fue derrocado por un golpe militar. Su gestión estuvo orientada en un comienzo por la idea de la inevitabilidad de un tercer conflicto de alcance mundial; la Argentina debería enfrentar esa circunstancia en condiciones autonómicas.

Nacionalismo, estatismo, fuerte redistribución del ingreso y autarquía; he aquí las bases del modelo económico de Perón al inicio de su gestión. El gobierno impulsó a la industria de productos de consumo, pero no llegó a planificar el desarrollo de industrias de base.

En materia de política internacional, predicó la célebre "Tercera Posición", alejada por igual (casi geoméricamente) del capitalismo y el marxismo y que fue antecedente primordial del movimiento de países no alineados que vió la luz en 1955 en Bandung. En suma, Perón se movió con toda la relativa independencia que le permitían las relaciones coyunturales del mundo, en el contexto del pico más álgido de la "guerra fría". En el campo de la política internacional quedó como saldo el mantenimiento del principio de autodeterminación de los pueblos y la solidaridad con los pequeños países, que contribuían a fortificar la conciencia nacional e individualizar la posición argentina en el mundo.

De cualquier manera, puede decirse que Perón incrementó el mercado nacional hasta límites sin precedentes, tanto para bienes industriales como productos agrícolas. Esto se tradujo en un claro estímulo al crecimiento del sector industrial, pero a la vez llevó a la producción agrícola a redirigirse de la exportación al consumo interno. Así, en 1950 un 80% de la producción ganadera y de granos se consumía en el país.

De esta época data el Instituto Argentino de Promoción e Intercambio (IAPI), creado por Perón para monopolizar el comercio exterior y obtener fondos para poner en práctica la gran redistribución de ingresos en su primer gobierno.

Pero sería injusto omitir el papel central que en dicho proceso de redistribución del ingreso tuvieron las masivas movilizaciones obreras, además de la política peronista.

Bastará con mencionar que de poco más de medio millón de afiliados, el sindicalismo creció a cerca de dos millones de trabajadores en la última mitad de la década del 40. Por algo, Perón llamaba a los trabajadores sindicalizados la "columna vertebral" del movimiento justicialista.

Dice Oswaldo Ramírez Colina en una monografía sobre aspectos que determinaron el apoyo de la clase obrera a Perón: “El apoyo se da, porque el peronismo fue una tajante ruptura con el pasado. Es que se trataba - nada más y nada menos - que de la incorporación a la vida social y política del país de las clases trabajadoras. El populismo de Perón representa uno de los casos más claros en Latinoamérica, porque se definió como la política de incorporar las clases bajas a la vida nacional, de forma rápida sin una revolución social, evitada por el ambiente creado por Perón, que le dio prioridad política a la cuestión social.”

Eva Perón

No puede abordarse la etapa peronista sin hablar de María Eva Duarte, la segunda esposa del Gral. Perón. Una mujer de gran personalidad, todavía discutida y misteriosa, cuyo impacto sobre la gestión de Perón no puede ignorarse.

Eva estuvo casada siete años con Perón, precisamente durante los años de su apogeo político, al que ella contribuyó en innegable medida. Se atribuye a Perón una descripción de su esposa: “De frágil presencia pero de vigorosa voz, con una larga cabellera que le caía suelta sobre la espalda, y de ojos ardientes.”

Aunque no ocupó cargos formales en el gobierno, Evita -como la llamaba la gente- desempeñó un papel central en la canalización de la ayuda privada al Estado y en la asignación social de dichos recursos. Su relación con el Gral. Perón puede definirse como la de una alumna y su maestro; para *The New Yorker*, estaban “nacionalísticamente enamorados”.

Su jornada de trabajo era extenuante: desde muy temprano en la mañana hasta pasada la medianoche. La Fundación Eva Perón, una ONG que reunía apoyos para los más postergados, era el lugar donde transcurría la mayor parte de su tiempo.

Evita murió el 26 de julio de 1952 a las 20:25 horas, víctima de una enfermedad maligna. Para ese entonces había logrado dividir a los

argentinos entre convencidos simpatizantes de Perón y furiosos antiperonistas.

Evita vive todavía en la memoria de quienes la conocieron, pero también en el conocimiento de quienes nacieron después de su muerte. Su presencia estelar en una famosa ópera-rock vino a garantizar su permanencia en el favor popular, más allá de su importante obra.

El fin del mandato peronista

Perón preparó al país para un prolongado aislamiento, hasta que percibió el techo económico del modelo que había impulsado desde 1946. El país perdió sucesivamente dos cosechas en 1951 y 1952 debido a sucesivas sequías, bajó la producción de petróleo y se hizo evidente el atraso tecnológico en la industria. Fue evidente la pérdida de productividad en el agro nacional, que comparado con la evolución de dicho indicador en los Estados Unidos se quedó a mitad de camino.

El país se hallaba regulado en forma excesiva y el papel de los sindicatos se hizo central en el campo de la seguridad social (a través de las obras sociales). El Estado había visto crecer sus planteles totales en un 100% entre los primeros años de la década del 40 y 1954.

Entonces, hacia 1952, Perón produce una inversión de alianzas sin precedentes en la historia argentina. Con una clara conciencia del poderío estadounidense, abandona la larga afiliación a la corona británica y ensaya una alianza de largo alcance con los Estados Unidos. Hay muchos indicios de este giro, cuyo despliegue se vio bruscamente interrumpido por el golpe de 1955, de inspiración abiertamente probritánica. La firma del Tratado Atómico Para la Paz, la visita de Milton Eisenhower y -centralmente- el acuerdo con la Standard Oil de California, nunca aprobado por el Congreso, dan prueba definitiva de la voluntad de Perón en tal sentido. Súmese a ello el inicio de una audaz política de privatizaciones de la industria

en manos del Estado y una ley de inversiones extranjeras que las favorecía y se tendrá una noción del cambio en curso.

Dice reforzando esta percepción un informe de la CIA fechado en 1954: "Perón ha abandonado su antigua línea de política exterior y propaganda anti-Estados Unidos, y ha buscado un acercamiento con Estados Unidos, subrayando el valor de Argentina como una fuerza anti-comunista en Sudamérica (...) Perón continuará probablemente su política de acercamiento con Estados Unidos mientras su posición política interna quede segura y mientras que la colaboración con Estados Unidos aparezca equilibrada para favorecer la realización de los intereses nacionales argentinos."

La economía comenzó a recuperarse rápidamente, pero era tarde para revertir el profundo descontento que había comenzado a implantarse en la sociedad argentina.

Perón había hecho reformar la Constitución de 1853 en el año 1949, concretando el dominio ideológico del aparato estatal y logrando la reelección, lo que se materializó en 1952. La oposición había ido creciendo y en 1954 abarcaba una gran variedad de manifestaciones políticas. A pesar de algunas rectificaciones ensayadas en los momentos finales del gobierno de Perón, la dura oposición de la Iglesia y las Fuerzas Armadas resultaron decisivas en la caída del gobierno justicialista.

Cabe mencionar que la relación entre Perón y la Iglesia fue confusa, llena de conflictos y, principalmente, del festejo al alejamiento. Perón utilizó variadas actitudes para obtener el apoyo de la Iglesia. Por tal manera, es que la Iglesia, viéndose favorecida por Perón, "ordenó" a los creyentes que votaran por la fórmula que integraba Perón. Y es así que Perón le otorgó diversos privilegios a la Iglesia durante su gobierno.

Aunque debe decirse que tiempo más tarde la Iglesia se dio cuenta de que el gobierno peronista se encontraba realmente utilizándola como un instrumento para obtener el apoyo de las masas populares. Para llegar a tal conclusión simplemente deberíamos recordar los principales hechos que produjeron la variación de la Iglesia: se suprimieron feriados correspondientes a celebraciones litúrgicas, se

aprobó la apertura de "prostíbulos" y se realizó un acto en contra de la posición de la Iglesia, que se destacó por ser espiritista y anticatólico. Consecuentemente, se efectuaba la definitiva ruptura de Perón y la Iglesia, cuando esta última dispuso finalmente la excomunión mayor de Perón, luego de que dignatarios eclesiásticos fueran expulsados del país.

Curiosamente, tales actos fortalecieron a la oposición y dejaron disminuido y quebrado al régimen. Por eso es que después del incendio de las iglesias porteñas, supuestamente realizado por parte de seguidores peronistas durante el conflicto entre Perón y la Iglesia, todo católico era un militante contra el gobierno y las fuerzas políticas, tonificadas por la tácita incorporación de la Iglesia al frente opositor, brindaban su experiencia y su organización para vehicular un sentimiento que nacía en la actitud de la mayor parte de los argentinos católicos y se proyectaba con fuerza al marco político.

La izquierda argentina

Probablemente, quienes se sintieron más lesionados por las elecciones de 1946 fueron los socialistas; cuatro años atrás habían ganado la Capital Federal y ahora se veían postergados políticamente; no habían obtenido ningún diputado nacional, por primera vez desde la vigencia de la Ley Sáenz Peña en 1916. Se habían jugado en la lucha contra el gobierno de facto; habían sido los más constantes protagonistas de la Unión Democrática que se opuso a Perón, el resultado les fue decepcionante. El socialismo sólo mostraba vigencia entre sus escasos afiliados y tenía una clara posición: el peronismo era nazifascismo.

El Partido Comunista, la gran incógnita electoral después de décadas de vida clandestina, había resultado un fracaso: junto con los demócratas progresistas figuró en cuarto lugar en la Capital Federal; reunió solo 25.000 votos en Buenos Aires y no alcanzó a colocar sino tres diputados provinciales en Mendoza gracias al sistema proporcional que se aplicaba en la provincia andina. Sin embargo, este fracaso no desanimó a Victorio Codovilla, que regía los destinos del comunismo en la Argentina. Codovilla dijo - en el acto realizado el 1º de junio que se realizaba por la reanudación de relaciones

diplomáticas con la Unión Soviética, que el gobierno de facto ya había decidido concretar, a pedido del presidente electo - "los comunistas nos colocaremos decididamente a la cabeza de las luchas de las masas por el cumplimiento de las promesas de Perón hizo al pueblo, y no nos dejaremos provocar por los aliancistas y otros enemigos que están interesados en crear un estado de beligerancia entre los afiliados a nuestro partido y las masas obreras y populares que siguen a Perón. Sólo así se logrará unir la clase obrera en un poderoso Frente de Liberación Nacional y Social".

Nadie, dentro de los partidos "democráticos burgueses" tenía interés en asociarse a los comunistas. Para los peronistas, eran aborrecibles. Pero curiosamente, Perón mantuvo al Partido Comunista en la legalidad. Esto fue posible porque los necesitaba para varias cosas: valorizar su Tercera Posición mostrando la independencia de una política que en plena guerra fría toleraba la actividad de un partido stalinista, señalar a los opositores "oligarcas" una alternativa que podía ser mucho peor que la representada por el propio Perón, disponer de un enemigo visible para mostrar a la masas adictas el origen de las dificultades del régimen y atribuirle bombas y atentados.

El archivo de Ghioldi

La Hoover Institution acaba de incorporar un voluminoso y valioso material (correspondencia, apuntes personales, conferencias, fotografías, cintas grabadas) perteneciente a Américo Ghioldi, líder del Partido Socialista en la Argentina y hombre de dilatada trayectoria docente, política y diplomática.

Desde 1925, en que fue elegido Concejal de la Ciudad de Buenos Aires por el socialismo, hasta su desaparición en 1984, fue uno de los protagonistas de la política argentina. Diputado Nacional por el Partido Socialista representando a la Ciudad Capital de Buenos Aires en 1932-1936 ; 1936-1940 ;1940-1944 ;1962-1966; Diputado Nacional Constituyente por el Partido Socialista para la Reforma Constitucional de 1957 en la Ciudad de Santa Fe,; miembro del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista. Fue Director de "La Vanguardia" publicación oficial del Partido Socialista, periodista y

conferenciante. Escribió numerosos libros que reflejan la realidad política argentina desde 1930 a 1984.

Américo Ghioldi fué un buceador poco frecuente en la conciencia cívica de los argentinos. Lamentablemente, en su curiosa evolución respecto de los gobiernos militares, Ghioldi - a quien podríamos syndicar como representante del ala derecha del partido, encabezada primero por Nicolás Repetto y después por él mismo- terminó como embajador en Portugal de la dictadura 1976-83.

Ghioldi escribió en un artículo periodístico la noche posterior a los fusilamientos con que se reprimió el intento revolucionario del Gral. Valle (en 1956), que llevó por título "Se acabó la leche de la clemencia". Podemos decir que es una de las frases más célebres de la historia política argentina. Ghioldi expresó acabadamente el antiperonismo visceral de la izquierda que coqueteaba con los militares. Es famoso por haber secuestrado el ejemplar de "La Vanguardia" en el que Repetto había escrito una necrológica relativamente "amable" hacia Eva Perón.

Este "gorilismo" proverbial marca a fuego su quehacer político. Para Ghioldi, el peronismo era equivalente al fascismo y debía ser combatido sin miramientos; toda estrategia de acercamiento o de cooptación era rechazada frontalmente por el político socialista.

Gran lector y consecuente escritor de cartas, atesoró en su vivienda una interesante biblioteca y una colección de epístolas sobre temas varios. A su fallecimiento, su hijo trasladó ese acervo al domicilio donde habita en la actualidad, no sin antes donar parte de la biblioteca a varias instituciones, notablemente a la Biblioteca y el Museo de la Cámara de Diputados, que recibieron fotos y más de 1.000 volúmenes.

Además, Ghioldi hijo inició una tarea esforzada para clasificar libros y cartas. Dicha tarea está aún inacabada.

Objetivamente el material vinculado a Americo Ghioldi reviste gran interés. Las notas evidencian una mente inquieta antes que un approach exclusivamente ideológico; las cartas revelan los puntos de

vista de un hombre comprometido con los avatares políticos de su época.

El archivo comprende, entre muchos otros ítems:

- Fotografías del Dr. Ghioldi que cubren casi toda su vida pública y muestran diversos aspectos de su vida privada.
- Casetes con entrevistas a cargo de periodistas.
- Gran cantidad de artículos periodísticos sobre Ghioldi.
- Gran cantidad de colaboraciones periodísticas escritas por Ghioldi.
- Texto de numerosas conferencias a cargo del Dr. Ghioldi.
- Numerosas piezas de correspondencia de y hacia el Dr. Ghioldi.
- Folletos y otras publicaciones del Partido Socialista.
- Reseña de la tarea parlamentaria del Dr. Ghioldi.
- Material de las campanas políticas llevadas a cabo por el Dr. Ghioldi.
- Abundante material acerca de temas relevantes para el país (por ej. La Revolución Libertadora, visita de líderes extranjeros, diferendo con Chile sobre el canal de Beagle, organizaciones armadas en la Argentina, etc.)
- Abundante material sobre el tema educativo, una de las prioridades de Ghioldi.

A nuestro juicio, estas piezas complementan magníficamente el arco político que parcialmente cubren las cartas y los documentos de Perón.

Golpe, exilio, gobiernos militares y retorno

En setiembre de 1955 las Fuerzas Armadas deponen a Perón, tras sangrientos atentados y tras un golpe anticipatorio que costaron centenares de vidas; el movimiento militar (denominado “Revolución Libertadora”) estuvo inspirado por el antiperonismo que latía en amplios segmentos de la sociedad. Muchos argentinos se encontraban disconformes con el giro autoritario que le asignaban al gobierno, sobre todo después de la muerte de Evita en 1952, y aplaudieron el alejamiento de Perón, a pesar del carácter cruento del suceso.

En sus últimos momentos, Perón ensayó una estrategia facciosa. A fines de agosto, en uno de sus discursos, dijo: “A la violencia la hemos de contestar con una violencia mayor... Con nuestra tolerancia exagerada nos hemos ganado el derecho de reprimirlos violentamente...” Y más adelante: “...nuestra Nación necesita de paz y tranquilidad... Y eso lo hemos de conseguir persuadiendo, y si no, a palos. Este es el último llamado y la última advertencia que hacemos a los enemigos del pueblo. Después de hoy, han de venir acciones y no palabras.” Enrarecía así el clima reinante en el país, y ofrecía pábulo al movimiento que se instrumentaba en su contra.

El golpe cívico-militar rompió el ascenso, irregular pero continuado, de los segmentos más postergados hacia el protagonismo democrático.

Las Fuerzas Armadas, entonces, iniciaron en 1955 un período de altísima inestabilidad política, en el que se sucederían gobiernos civiles y gobiernos militares, hasta 1983.

Perón marchó al exilio, pero el peronismo perduró y mantuvo su plena vigencia en la sociedad argentina. El derrocado presidente vivió fuera del país durante 18 años, pero manteniendo un papel central en los asuntos políticos internos. Dicha influencia se hizo evidente en varios actos electorales: en 1957 Perón dio orden de votar en blanco; en 1958 instruyó a sus seguidores para votar por Arturo Frondizi, en las elecciones provinciales de 1962 alentó a quienes serían vencedores en Buenos Aires. Además, se hizo sentir su influencia en 1963 al oponerse a la formación de un Frente y se

vió su mano en el creciente desapego con que las 62 Organizaciones (brazo político del sindicalismo) fueron socavando la gestión de Arturo Illia.

Perón maniobró para mantener la unidad del peronismo, como menciona Luis Alberto Romero en los siguientes términos: “Perón hizo mucho desde el exilio para dar forma y unidad a un movimiento fundado en la común exclusión. Pero fue la Revolución Libertadora, con sus decisiones trascendentes (Nota de los autores: proscripción del peronismo, represión del movimiento de 1956, fusilamientos, etc.) la que posibilitó este nuevo peronismo.” Para Romero, cuyo punto de vista comparten muchos analistas e historiadores, la Revolución Libertadora contribuyó a forjar un nuevo peronismo, inspirada en su acérrimo antiperonismo.

Los años que corren entre 1955 y 1972 vieron pasar los gobiernos de Lonardi, Aramburu (militares), Frondizi, Guido, Illia (civiles), Onganía, Levingston y Lanusse (militares). La falta de estabilidad política tuvo repercusiones en la economía, que no acertó a ensayar un modelo viable para la Argentina. A administraciones de facto suma y crecientemente represivas, sucedían gobiernos civiles débiles.

El Archivo Hoover ofrece una rica colección de cartas escritas por Perón y dirigidas hacia Perón, además de otra correspondencia, que ilustra sobradamente las características de este singular período de la historia argentina. Puede apreciarse cómo Perón se mantenía informado y cómo transmitía sus pareceres a sus numerosos seguidores.

Desde las primeras cartas que Perón intercambió con María de la Cruz (una mujer chilena que lo admiraba y que hizo de gozne entre Perón y el presidente Ibáñez), publicadas por Editorial Legasa (Juan Domingo Peron, Cartas del Exilio, selección, introducción y apéndice de Samuel Amaral y William Ratliff. Buenos Aires: Editorial Legasa, 1991) y las numerosas cartas que el General distribuía desde su exilio, así como las respuestas de sus seguidores, se puede apreciar una clara modificación de objetivos.

Como ya se dijo, desde varias ciudades latinoamericanas y luego desde Madrid, donde residió la mayor parte de su exilio (a partir de

1959), Perón pasó a jugar un papel clave en los sucesos que acontecían en la Argentina. Gradualmente, fue creciendo la idea del retorno y se fue gestando una estrategia en tal sentido.

Fue en Madrid que Perón comenzó a disponer de una infraestructura relativamente eficaz para mantenerse en contacto con sus seguidores argentinos. Puede decirse que Perón logró que buscaba: hacer imposible cualquier experiencia política en la Argentina que pretendiera prescindir del peronismo.

O dicho en otros términos, demostrar que no se podía gobernar sin el peronismo o contra el peronismo.

El voluminoso material que posee la Hoover Institution da cuenta acabada de la relación entre Perón y quienes lo seguían, revela como se fue gestando el objetivo del retorno y brinda una idea cabal del contexto nacional, que se fue desmoronando políticamente con altibajos a partir de 1955, para acelerar su decadencia hacia los años 70 y 80.

Un comentario especial merece el papel jugado por el sindicalismo argentino (la “columna vertebral” del movimiento justicialista, como ya se mencionó) en estos años de exilio.

Su importancia se fue haciendo más y más evidente con el tiempo; el surgimiento de Augusto Timoteo Vandor como líder de las 62 Organizaciones acarreó serios problemas a Perón, ya que llegó a disputarle la conducción del movimiento. Perón tuvo que exhibir una estrategia apropiada para lidiar con la influencia sindical, cuya fortaleza necesitaba a la vez para mantener cohesionado a sus partidarios. Así, logró un delicado equilibrio, empujado y presionado por las corrientes internas del peronismo.

Esta situación pareció zanjarse cuando Vandor fue asesinado por una organización armada en 1969, dejando el campo libre para que el Gral. Perón ensayara los pasos tendientes a su retorno al país.

Respecto a la evolución de la economía, particularmente la industria, ninguno de los presidentes que sucedió a Perón mostró ideas claras -quizás con la única excepción de Arturo Frondizi, que mostró

grandes vulnerabilidades políticas sin embargo- respecto a reestructurar radicalmente la política industrial argentina.

Dice Mauricio Rojas (Historia de la Crisis Argentina, Cadal/Timbro 2001, p. 73), sintetizando en relación a este punto: “Los industriales se habían convertido en un lobby muy poderoso y los trabajadores industriales no solo eran numerosos -más de 2,3 millones o el 30 % de toda la mano de obra del país, si se incluye a los trabajadores de la construcción- sino que además estaban muy bien organizados. Por otra parte, el espíritu de la época se hallaba dominado por ideologías nacionalistas del desarrollo que consideraban que la estrategia de industrialización introvertida, planificada y protegida, constituía la única solución para los países menos desarrollados o semidesarrollados. Todo esto ayuda a explicar porqué la Argentina continuó adentrándose en este camino que no era más que un callejón sin salida.”

Las organizaciones especiales

En 1969 tiene lugar el “Cordobazo”, un movimiento popular semiespontáneo que sustrajo a las fuerzas del orden el control de la capital de la provincia de Córdoba, la segunda ciudad del país y sede de la industria automotriz. Esto debe sumarse a la aparición de organizaciones armadas que seguían la línea “guevarista” originada en la Cuba de Fidel Castro y que pronto se plantaron frente a las Fuerzas Armadas y de seguridad.

Estas manifestaciones -si bien se hicieron evidentes en forma aislada desde fines de la década del 50 (grupo “Uturunco”) tienen su origen en las decisiones de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) que sesionó en Cuba a mediados de 1967. Allí se aprobó propiciar la lucha armada, promover una estrategia conjunta entre los distintos movimientos revolucionarios del Tercer Mundo y estructurar la solidaridad de los pueblos de Asia, África y América latina.

Al morir el Che Guevara (en octubre de ese mismo año) se redefinen una serie de contenidos, entre ellos, se descarta el modelo rural seguido hasta entonces en el norte de la Argentina y se decide asumir la identidad peronista en el marco urbano. Surgen entonces

principalmente las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y los Montoneros, ambos peronistas de izquierda; y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), de tendencia trotskista-guevarista.

El 12 de abril de 1973, la Revista Criterio formulaba algunas preguntas en su editorial: “En las presentes circunstancias, el terrorismo constituye un problema tanto para las Fuerzas Armadas como para el justicialismo, según lo atestigua la declaración de Abal Medina (nota del autor: a la sazón Secretario General del Partido Justicialista) que deplora los atentados que costaron la vida a un concripto y a la madre de un dirigente político justicialista. A esta altura del proceso de institucionalización son muchas las preguntas que corren de boca en boca entre los miembros de ambos sectores: qué objetivos persigue esta acción? Contra quién va dirigida? Cesará acaso el terrorismo después del 25 de mayo, como lo afirman Perón y Cámpora, porque suprimiendo la causa -“la violencia de arriba”- se suprime el efecto -“la violencia de abajo”-? Tiene el ERP los mismos objetivos políticos que las “formaciones especiales” peronistas? Tienen interés estos grupos en que el doctor Cámpora asuma la presidencia o prefieren que continúe la dictadura militar con el fin de acrecentar las contradicciones y llegar así a un cambio más radical de estructuras?Cuál será el destino de las “formaciones especiales” cuando el justicialismo ocupe el gobierno?”

Lamentablemente, dichas preguntas encontrarían respuesta rápidamente.

El retorno de Perón y los años 70

En 1972 -y tras una serie de hechos que pueden ser rastreados detalladamente en el paquete de cartas antes citado- Perón regresa a la Argentina después de casi 18 años de exilio. Su figura se había agigantado hasta desbordar los límites nacionales. Perón era un auténtico líder político latinoamericano, con proyecciones a la escena mundial. Había adquirido la estatura de un verdadero mito.

Además, el peronismo se había vuelto un actor excluyente en la escena política argentina. Si el peronismo decidía abstenerse en los comicios, todo el edificio del proceso electoral se desmoronaría. Tal

como se afirmaba en un editorial de la revista Criterio el 27 de julio de 1972: “Con proscriciones o con abstenciones el resultado puede ser el mismo: una democracia quebrada en su dimensión participante y, por consiguiente, herida en su legitimidad.”

Pero lamentablemente, a Perón le quedaba poco tiempo de vida. Los hechos se sucedieron rápidamente: imposibilitado legalmente de presentarse como candidato a las elecciones para presidente (debido a una reforma del sistema electoral que establecía ciertos requisitos que el General exilado no podía cumplir), Perón hizo recaer en Héctor Cámpora la responsabilidad de representarlo. Sometido a intensas presiones, sobre todo las originadas en las “formaciones especiales” de resistencia armada recientemente integradas (Montoneros, FAR, FAP, etc.), Cámpora no pudo garantizar la gobernabilidad de un país que ingresaba a pasos acelerados hacia una etapa de disolución definitiva.

Perón fue presidente de los argentinos por tercera vez entre 1973 y 1974, en que falleció. Los observadores y analistas coinciden en señalar la fecha de su desaparición como el comienzo de una profundísima crisis, que en realidad se había insinuado abiertamente desde años atrás.

María Estela Martínez de Perón, tercera esposa del general, conocida popularmente como Isabel Perón, trató de redireccionar los acontecimientos, pero su posición era sumamente débil, y cayó víctima de un golpe militar en marzo de 1976.

Este movimiento (cuya verdadera naturaleza fue cívico-militar) se sustentó en amplios sectores sociales debido a la crisis del poder político que existía y al proceso de subversión en alto grado de desarrollo que se había extendido por todo el país.

Dice Esteban Crevari respecto al contexto internacional (la guerra fría) que rodeó la experiencia argentina (La Argentina del 70, Buenos Aires 2003): “Como se afirmara anteriormente, aunque la pretensión de abordar esta temática con fines estrictamente históricos escapa al alcance del presente trabajo, es necesario considerar que la época en la que el conjunto de las organizaciones radicalizadas argentinas encontraron su época de mayor despliegue, constituye una de las

más ricas en términos de sucesos acaecidos mundialmente. En un breve período temporal que puede ubicarse a partir de la plena vigencia del conflicto Este-Oeste, sucesos como la guerra de Corea, el surgimiento internacional del Movimiento de los No Alineados, la Revolución Cubana, el proceso de descolonización de Argelia, la división de Alemania, el carácter ilusorio de la Alianza para el Progreso, la Crisis de los Misiles, la Guerra de Vietnam, la Revolución Cultural China, el asesinato de Ernesto Guevara, la primavera de Praga, el Mayo Francés, por citar algunos hechos, conmocionaron la vida social e individual, reflejándose directamente en lo cultural, político e intelectual. Se trata de un contexto en el cual la célebre consigna "prohibido prohibir" parece reafirmarse día a día a partir de la voluntad como fuerza motriz de su materialización progresiva."

El archivo de Perón

Con ups and downs, Perón dejó una marca imborrable en la historia argentina, contribuyendo fuertemente a su modernización y consolidando el desarrollo democrático al incorporar el voto femenino a la vida institucional del país. Además, brindó un mayor bienestar a la clase trabajadora.

Pero también Perón legó una importante herencia al pensamiento político argentino y latinoamericano.

Unas dos mil cartas dirigidas hacia Perón y enviadas por Perón desde sus distintos lugares de residencia conforman una parte importante del Archivo Argentino. Como se dijo, Perón logró influir en los acontecimientos que sucedían en la República Argentina y reafirmar su liderazgo entre los peronistas. Estableció un intenso contacto epistolar con gran cantidad de seguidores y otras figuras políticas del país y del exterior.

Nombres de gran relevancia en la escena política argentina de entonces aparecen en estas cartas: Arturo Frondizi, Hector Villalón, Atilio Bramuglia, Pedro Michelini, Andres Framini, Vicente Leonidas Saadi, Jorge Antonio, Rogelio Frigerio, Raúl Matera, Augusto Vandor,

Antonio Cafiero, Jerónimo Remorino, Rodolfo Galimberti, Pablo Vicente, entre muchos otros.

Perón recibía información de múltiples fuentes, aunque hay que considerar el estado de la tecnología por entonces... ni la fotocopidora, ni el fax, ni el correo electrónico existían; las comunicaciones telefónicas eran muy poco frecuentes debido a su elevado costo. Perón debió procesar datos provenientes de fuentes enfrentadas y forjarse así una idea relativamente solitaria e inmediatamente incontrastable de lo que pasaba en la Argentina, a muchos kilómetros de distancia.

Perón escribía durante las mañanas, respondiendo a numerosos contactos que lo mantenían informado. Siempre tenía la precaución de escribir con un papel carbónico, lo que nos permite acceder al conocimiento de estas cartas, entre las cuales hay unos 200 documentos dirigidos a sus seguidores. Perón clasificaba cuidadosamente su correspondencia, lo que le permitía dirigirse a sus destinatarios con suma autoridad y conocimiento.

Cabe destacar la minuciosidad en los envíos de Pablo Vicente (que ejercía como delegado del Comando Peronista y aparentemente centralizaba las comunicaciones de y hacia Perón; Vicente era mayor retirado del Ejército, había sido ayudante de campo de Perón en 1954 y 55 y había participado de la revolución del Gral. Valle en 1956), que a la sazón residía en Montevideo; sus cartas se extendían por varias carillas, en las que reseñaba prolijamente la situación reinante en la Argentina, introduciendo -claro- sus propios puntos de vista. El Archivo Hoover posee unas doscientas piezas de Vicente, casi todas dirigidas a Perón.

Es posible percibir algunas señales en esta correspondencia. En primer lugar, el extremo estado de belicosidad reinante entre los seguidores de Perón, que se disputaban sus favores en forma cruel; esto habla también del enorme ascendiente que Perón mostraba desde la lejanía de su exilio. Luego, algo que ya hemos comentado, como fue evolucionando la creencia general acerca del retorno de Perón. Es posible además percibir el sube y baja en la popularidad de los personajes que se carteaban con Perón y las bruscas alteraciones en la relación con el caudillo.

Esta correspondencia nos muestra el microclima que reinaba en las filas peronistas durante los largos años de exilio; recelos, intrigas, oposiciones abiertas entre dirigentes que, mágicamente, coincidían en el apoyo y en el culto a Juan Domingo Perón.

Esta colección está integrada además por cintas grabadas -entre ellas, la celebre conferencia de prensa de Perón ante la prensa extranjera en noviembre de 1972, recién regresado a su país- películas, material documental filmado, revistas políticas de la época, afiches, fotografías, discursos, conferencias, etc.

Cabe mencionar muy especialmente dos secciones de este archivo. Una de ellas, compuesta por papeles de Atilio Bramuglia (que fuera ministro de Perón) y otra compuesta por material perteneciente a Hipólito Jesús Paz (que fuera canciller del gobierno peronista)

Con la desaparición de Perón, ocurrida el 1 de julio de 1974, se produce un cambio decisivo en la política argentina. El peronismo debería reorganizarse y encontrar un nuevo líder y el resto de las fuerzas políticas podrían aumentar su presencia en el escenario argentino, que súbitamente mostraba un enorme vacío.

Pero los argentinos tendrían que pasar por una etapa oscura, caracterizada por el gobierno militar, la extrema represión de la subversión y un conflicto armado, para después encarar la solución de viejos problemas estructurales.

El proceso militar y el conflicto por las Islas Malvinas

Como se menciona, el 24 de marzo de 1976 comienza un período singularmente oscuro de la historia argentina. Un gobierno militar, con el pretexto de combatir la activa guerrilla y reordenar un país desquiciado, pretendió formular un nuevo modelo de desarrollo y ensayó un sistema de control de la subversión conocido más tarde como "terrorismo de estado".

Una de las herramientas esenciales para lograr aquel objetivo fue la represión de las actividades guerrilleras, que en el marco de las

doctrinas gestadas al calor de la Guerra Fría asumió perfiles dramáticos. Miles y miles de personas fueron arrestadas, mantenidas en cautiverio en forma clandestina y en muchos casos asesinadas por las fuerzas de seguridad.

Esa grave herida en la sociedad llevará muchos años para cerrarse.

El régimen militar ensayó una puesta en escena de un nuevo país, que en realidad abrigaba las demoras que habían frustrado su acceso a los primeros lugares de la escala de naciones, sitial que nadie discutía a comienzos del siglo XX.

El apoyo que lo había sustentado en un principio se fue tornando en creciente desprestigio. La suspensión de toda actividad política comenzó a hacer agua tras un período de fuerte control. Hacia fines de la década del 70 era obvio que el gobierno debería abrir una puerta a las organizaciones políticas y sociales.

En 1982 el presidente Galtieri pretendió encumbrarse a través de un hecho inesperado: la ocupación militar de las Islas Malvinas (Falkland Islands para los ingleses), que derivó en un conflicto armado con Gran Bretaña. Este archipiélago, situado a menos de 200 kilómetros de la costa argentina, fue ocupado por los británicos en 1833 y reivindicado desde entonces por los sucesivos gobiernos argentinos en los foros internacionales.

A favor del intenso proceso de descolonización ocurrido desde fines de los años 50, la Argentina vio mejorar relativamente sus chances de recuperar la soberanía sobre las islas, pero la ceguera militar de principios de la década del 80 le impidió proseguir con el lento proceso de reversión de los argumentos británicos.

Las falencias tradicionales de las Fuerzas Armadas argentinas, sumadas a la desproporción de medios de un país y otro, terminaron con esa pretensión en cuestión de pocas semanas. La rendición argentina en las islas tuvo consecuencias políticas importantes para los argentinos: el gobierno militar dio paso a un proceso electoral que terminaría con los días del gobierno de facto.

Culminaba así una experiencia militar que muchos interpretan como una parte de un mismo proceso histórico con los golpes de 1930 y de 1955, animada centralmente por la oposición entre peronistas y antiperonistas.

La administración militar resultó objetivamente muy pobre. Bastara con mencionar que la deuda externa trepo durante el régimen de algo mas de 6.000 millones de dólares que había dejado Isabel Perón a 43.000 millones de dólares.

El regreso de la democracia

En 1983 Raúl Alfonsín, líder indiscutido del radicalismo, se impuso a los peronistas en las elecciones. El movimiento justicialista no había logrado superar la muerte de su fundador y se debatía en la división entre manifestaciones opuestas. La Unión Cívica Radical ocupó el espacio que las disputas internas del peronismo dejaban libre y Alfonsín se convirtió en un promisorio presidente, identificado con el retorno a la democracia y la modernización del país.

Alfonsín enjuició a las juntas militares y encarceló a sus jefes, acelerando un proceso de reversión social marcado; la gente que ocho años atrás vivaba la intervención militar se había trastocado en severos críticos de la “doctrina de la seguridad nacional” gestada desde la década del 60.

Pero pronto la buena estrella de Raúl Alfonsín se opacaría. La renuencia a ejecutar cambios profundos en la estructura socioeconómica argentina -que permanecía exactamente igual a la de la primera mitad del siglo XX- se tradujo en el surgimiento irrefrenable de una tasa de inflación sin precedentes, a la que vino a sumarse el malestar militar por la política seguida hacia la institución armada y las crecientes criticas de la prensa. Esa combinación resultó insostenible para el gobierno radical.

Alfonsín entregó el gobierno seis meses antes de finalizar su período, en medio de una crisis hiperinflacionaria (la tasa de inflación entre mediados de 1988 y mediados de 1989 fue del 5.000%) al vencedor en las elecciones de 1989: Carlos Saúl Menem.

La década del menemismo y después

Carlos Saúl Menem era un caudillo político de La Rioja, admirador de Facundo Quiroga (caudillo legendario del siglo XIX), que había sido gobernador de su provincia en tres oportunidades y había permanecido detenido 5 años por el proceso militar. En 1988 se impuso en las elecciones internas del peronismo a su rival, el casi seguro presidente Antonio Cafiero, sorprendiendo a propios y extraños, y un año más tarde hizo lo propio con el candidato de la Unión Cívica Radical, Eduardo Angeloz

Aunque en los papeles representaba un peronismo combativo y militante, pronto inició un período de profundos cambios estructurales en la Argentina, que ubicarían al país en el lote de naciones que más crecieron durante la década del 90 siguiendo políticas de mercado. Desde el comienzo de siglo la Argentina no exhibió tasas de crecimiento económico sustentable tan contundentes como las de la década menemista.

Menem desreguló la economía y privatizó las empresas públicas, ensayó una alianza estable con Estados Unidos, logró disminuir la pobreza y atrajo voluminosas inversiones extranjeras, instalando al país activamente en el concierto de las naciones. Menem impulsó una reforma de la Constitución y logró ampliamente la reelección en 1995.

Sin embargo, su gobierno fue imputado de corrupción, una acusación que pronto ganó espacio entre los argentinos y que pasó a caracterizar, quizás injustificadamente, a la década menemista, ensombreciendo sus muchos logros.

Lo que vino después de Menem es demasiado reciente como para ensayar interpretaciones. Fernando de la Rúa lo sucedió a fines de 1999, con el apoyo de una alianza electoral que agrupaba al radicalismo, a peronistas desencantados con Menem, a representantes de expresiones minoritarias de la izquierda, y que para 1997 había planteado la oposición al gobierno menemista como su única razón de ser. A poco de andar, el gobierno de la Alianza

mostró sus límites por desacuerdos internos y por una inacción exasperante, y se aceleró la caída del país en una severísima crisis económica con manifestaciones en lo social y político.

De la Rúa fue derrocado a fines del 2001 y su salida motivó un hecho memorable: en el curso de pocos días se sucedieron varios presidentes, hasta que Eduardo Duhalde se hizo cargo del país. Cabe mencionar que Duhalde decretó el fin del sistema de convertibilidad y produjo una devaluación del peso argentino llamada a tener profundas consecuencias.

En las elecciones del año 2003 Carlos Menem se impuso con menos del 25% de los votos, pero tras su negativa a competir en una segunda vuelta con Néstor Kirchner, quien se ubicó segundo, éste último asumió la presidencia, en cuyo tercer año se encuentra en la actualidad.

Comentarios finales

Lo dicho sugiere que la Argentina es un país con ingentes recursos naturales e inmensas posibilidades, que ha visto frustrado su camino hacia el desarrollo por errores sucesivos de sus dirigentes. Hacemos expresa salvedad de los momentos en que fue posible instrumentar un crecimiento sostenido de la economía. Léase, a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, y más recientemente durante la década del 90. En el primero de los casos la Argentina se ubicó en los primeros puestos del crecimiento mundial, al igual que en la última década del siglo pasado.

Angel Jozami (En “Argentina, la destrucción de una nación”, La Tercera/Mondadori 2003) se pregunta con relación a la situación argentina: “Qué fuerzas pudieron llevar al derrumbe de un país como la Argentina? Qué razones, múltiples y complejas, pudieron conducir a una nación medianamente desarrollada y de elevado nivel cultural a semejante crisis social, política y económica? Argentina enfrenta el desafío de poner fin a su actual situación o experimentar un catastrófico retroceso histórico.”

La situación actual del país permite varias interpretaciones, algunas de ellas marcadamente opuestas. La particular visión del presidente Kirchner -que se ha traducido en un alto crecimiento económico con subsistencia de los grandes problemas sociales- es objeto de elogios y críticas por igual, pero el juicio sobre ella será objeto de una preocupación futura.

Creemos que la gran cantidad de material existente en el archivo de la Hoover Institution habilita a profundas investigaciones sobre la Argentina del siglo XX y a hallar respuestas a los interrogantes que puedan plantearse. Además, la Hoover Institution se ha propuesto firmemente continuar incrementando el patrimonio de su Archivo Argentino, lo que permitirá en el futuro abrir opinión sobre tiempos mas recientes.

De hecho, el Archivo Argentino es hoy uno de los más importantes del mundo, y aspira a continuar en permanente estado de enriquecimiento. Esperamos que con esta breve guía explicativa se contribuya a abrirlo al interés de los historiadores y analistas políticos de todo el mundo.

En síntesis, la Biblioteca y los Archivos de la Hoover Institution documentan profusamente los cambios políticos, económicos y sociales acaecidos en la Argentina durante el siglo XX. Como ya se dijo, la Biblioteca alberga ---- volúmenes y la colección de documentos aloja gran cantidad de piezas de interés. Esta documentación se pone a disposición de los alumnos, investigadores, analistas y scholars interesados en profundizar su conocimiento sobre la realidad argentina de la centuria pasada.

Buenos Aires/Palo Alto, Octubre de 2007

Fuentes consultadas

Biestro, Hernán. Perón y la Iglesia. La cruz del General (E-Books, Buenos Aires, 2002).

Botana, N., R. Braun y C. A. Floria. El régimen militar 1966-1973 (Buenos Aires, Ediciones La Bastilla, 1973).

Cafiero, Antonio. Cinco años después (Buenos Aires, Eudeba 1973).

CIA, Informe de la. Probables desarrollos en la Argentina (publicado el 9 de marzo de 1954).

Ferns, H. S. The Argentine Republic 1516-1971 (David & Charles, UK 1973).

Germani, Gino y otros. Democracia Representativa y clases populares, en Populismo y Contradicciones de Clases en Latinoamérica. (Serie Popular, Ediciones ERA, México 1977).

Grondona, Mariano. Condiciones Culturales del Desarrollo Economico. (Ariel Planeta, 1999).

Grondona, Mariano. Bajo el imperio de las ideas morales: Las Causes No Economicas del Desarrollo Economico.

Harrison, Lawrence and Samuel Huntington, Culture Matters: How Values Shape Human Progress. (Basic Books, 2000).

Ianni, Octavio. La Formación del Estado Populista en América Latina (Serie Popular, Editorial ERA, México 1973).

Jozami, Angel. Argentina, la destrucción de una nación (La Tercera/Mondadori 2003).

Maclachlan, Colin. Argentina: What Went Wrong? (Praeger 2006).

Waisman, Carlos. Reversal of Development in Argentina. (Princeton University Press, 1987).